

El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.

ANUNCIOS.

El Montero de Extremadura.

CÍRCULO DE CAZADORES.

COMIDAS, CAFÉS Y HELADOS.
PLAZA.

Gran Bazar de Armas de Fuego.

MANUEL ARRIETA LIZARDI.

VILLAFRANCA DE LOS BARROS.

Gran surtido de armas de fuego de todas clases y precios.

Manuel Rodriguez.

Obispo y Arco, 3.—MÉRIDA.

Para-rayos, teléfonos, timbres, aparatos electro-medicinales é instalaciones eléctricas de todas clases.

También ofrezco al público un inmenso surtido en anzuelos para lobos y zorras; cepos para estos mismos animales, garduñas, tejones, etc., para águilas, halcones y azores, y franceses, llamados de llave, para cazar topes, ratas de agua, lagartos y culebras.

Dstrucción de los Animales Dañinos.

Obra de gran utilidad para dueños de cotos, ganaderos, agricultores y toda persona que tenga intereses en el campo, escrita por D. Manuel Rodríguez y Ramss (*Lupus*)

Se vende en la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO, á 1 peseta para los suscriptores y 1'25 para los que no lo son.

Se arrienda una casa en total ó por habitaciones sueltas situada en la calle de San Juan de Dios, núm. 4.

Asimismo un corral espacioso con tinaos y cuadra, situado en El Rastro.

Para informes de uno y otro arriendo darán razón en la Plaza de la Constitución, núm. 28.

SE VENDEN

libros antiguos pertenecientes á una biblioteca eclesiástica, entre ellos una edición completa de La Biblia en latín y castellano, que consta de 15 tomos el antiguo testamento y 4 el nuevo, lujosamente encuadernados y traducida de la Vulgata Latina por el P. Scio de San Miguel.

También hay Historias eclesiásticas, libros de sermones vidas de santos, año cristiano, breviarios, etc.

En la Administración de este periódico darán razón.

L'UNION.

COMPANIA FRANCESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS A PRIMA FIJA

FUNDADA EN 1828.

RECONOCIDA EN ESPAÑA POR REAL ORDEN.

Capital social.	10.000,000	pesetas.
Reservas.	79.295,157	
Total.	89.295,157	

AGENTE EN MÉRIDA:

Francisco Toribio Macías.

PUENTE, 14.

CONFITERÍA

DE

MANUEL GUTIERREZ.

PLAZA. 13.

Este acreditado establecimiento, el más antiguo de la provincia, pues cuenta 74 años de existencia, sigue sirviendo como siempre á su numerosa clientela á precios económicos.

Á LOS CAZADORES.

En la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO se ha recibido un grande y variado surtido en cartuchos de las mejores marcas y varios calibres sistemas Lefauchaux y Central, tacos superiores de cartón, fieltro, grasos é impermeables, cananas, cintos de caza, polainas, bolsas para cartuchos, chalecos con bolsas y tres bolsillos, porta escopetas, porta mantas, reclamos de perdiz y codorniz, collares para perros, vasos de campo con estuche, etc.

Todos estos artículos se venden en comisión á los precios de fábrica.

Además se reciben toda clase de encargos en armas y efectos de caza, siendo de cuenta de esta Administración su transporte hasta el punto que designen, si así lo desean los que utilicen nuestros servicios.

No olvidar que vendemos en comisión sin ganancia alguna.

Administración, Obispo y Arco, núm. 2.—MÉRIDA.

FILATELIA.

Compra y venta de toda clase de sellos españoles y extranjeros.

Se compran sellos españoles de los años 50, 51, 52, 53 y 54 á precios elevadísimos. Para dar precios hay que indicar color, época de emisión, valor y estado de conservación, así como cantidad de ellos.

Es conveniente enviar muestras.

H. Rodríguez

Obispo y Arco, 3. — MÉRIDA.

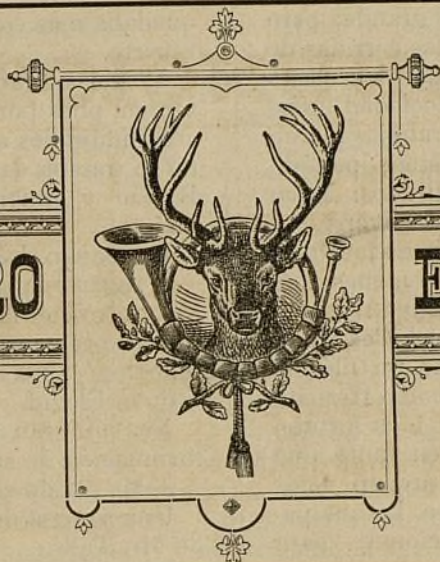
ADMINISTRACIÓN.

OBISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

EL MONTERO

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

EXTREMEÑO

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

Por los pájaros.

(CONCLUSIÓN).

III.

ENCONTRAMOS esta ley algo difusa, y por los medios coercitivos que la informan poco práctica. Más que las penalidades á los infractores de ella, podría aclimatlarla en el pueblo español la persuasión, el ejemplo, la enseñanza, en fin, que todo ello contribuye muy poderosamente á crear costumbres de respetos en los niños para que no destruyan los nidos, y en los mayores para que suspendan esa enorme matanza de aves útiles.

Calcúlase que en Madrid solamente se consumen 10.000 pájaros diarios, y no bajará de 1.000.000 cada día en los demás pueblos de la Península. Conservar estas pequeñas aves importa mucho á la Agricultura, y el conocimiento de las que viven en nuestros campos, con su nomenclatura especial, con su denominación regional, sería útil, pues así los niños de las escuelas aprenderían á clasificar las aves que son provechosas á los campos, y los mayores dedicarían su tiempo y su industria en cazar aquellas otras que son nocivas á los frutos de la tierra.

Mr. Gramont, al redactar la ley francesa, acompañó los nombres de las aves insectívoras, poniéndolas así al amparo del pueblo francés. ¿No pudo hacerse aquí lo mismo?

La golondrina no pica jamás las plantas y se alimenta solamente de insectos.

El mochuelo y la lechuza de Europa aniquila los topos y murgañes.

La garza preserva al ganado vacuno de las moscas y otros huéspedes que les molestan.

La cigüeña destruye los reptiles.

El cuervo, la codorniz y la perdiz comen infinidad de gusanos de tierra.

El cuco y el cucillo se sustentan con las orugas vellosas que los demás pájaros no pueden comer.

El gorrión mata las larvas y se nutre de gusanillos roedores.

El mirlo se alimenta de babosas y caracoles. El ave-fría acaba con los moluscos que devastan los prados.

La alondra, la calandria, la coguja, el jilguero, el chamarrí y verderón, destruyen los grillos, los cigarrones, los huevos de las hormigas y los gusanos que roen el trigo, y así todas estas aves y sus congéneres, á quien el hombre no deja vivir y el niño le declara la guerra, son, puede decirse, las amigas más beneficiosas que tiene el labrador.

Una clasificación metódica y razonada de todas estas aves insectívoras debiera redactarse y repartirse por el gobierno en las escuelas y ayuntamientos de España, seguro de que se haría una verdadera propaganda, mejor que la que resulta por medio de *La Gaceta* y los *Boletines Oficiales* de las provincias, que apenas si son leídos más que por el elemento oficial, pues la masa de nuestros labradores es sabido que su inmensa mayoría no sabe leer, y la que pasa por ilustrada, no reciben los periódicos oficiales. Pueblos hay en España de 500 vecinos en el que solo se reciben tres periódicos de Madrid y el *Boletín* de la provincia, con algún otro semanal de la capital á que corresponde.

Tiempo es ya de que nos convenzamos todos que la persecución contra los pájaros, no ya solo por los muchachos, sino también por hombres, que hacen de ella un oficio, viene causando gravísimos perjuicios á la agricultura y á todas sus industrias derivadas.

Y los instintos de crueldad y de sanguinarios sentimientos se revelan por esa persecución, á todas luces injustificada, que tanto desdice de nuestra cultura, y que tan grandes daños ocasiona á nuestra riqueza pública.

Podrá parecer paradoja; pero nosotros entendemos que matar pájaros es delito tan grave como matar personas; porque, en la totalidad universal, la vida de los seres útiles debe ser siempre sagrada y respetable.

Allá en 1874 se creó en Madrid una Sociedad protectora de los animales y de las plantas. La propaganda que hacían sus socios por la conser-

vacación de las aves insectívoras fué grande; pero ante la crueldad que difunden las corridas de toros, ante la enseñanza que á todas las clases llevan los periódicos taurinos, la Sociedad luchó con la indiferencia pública, y sus trabajos fueron objeto del ridículo aun por los mismos periódicos que pasan en Madrid por ilustrados. Y en tanto que la Sociedad tuvo que disolverse, en todos los pueblos se levantaban circo taurinos, y los toreros son declarados poco menos que héroes de la patria. *Guerrita* y *Mazantini* tienen más admiradores que Cánovas del Castillo y Emilio Castelar. Así se explica que un filósofo como Moreno Nieto, y un escritor como Hernández y González, dejen al morir por toda fortuna á sus hijos unas cuantas pesetas, en tanto que cualquier diestro de fama reúne para su vejez una fortuna relativamente cuantiosa. La que para algunos es llamada «fiesta nacional», para nosotros será siempre «la gran vergüenza nacional.»

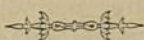
Es preciso que reaccionemos la opinión.

Por esto aplaudimos la ley sobre los pájaros, que podemos decir prepara en el porvenir otra ley sobre la costumbre bárbara de las corridas de toros, digan lo que quieran en su abono sus apasionados panegiristas.

Los toros deben convertirse en mansos bueyes para la labor de los campos y para sano alimento del hombre; los caballos que sean el mejor amigo nuestro, y los toreros que ejerciten su valentía en defensa de la integridad é independencia de la patria, y aprendan otras profesiones honrosas en pro de los intereses morales y materiales del país.

En esta obra loable todos deberemos tomar parte, y ya que el gobierno inicia nuevos senderos, deber tenemos de secundarle. El sacerdote desde la tribuna sagrada, el profesor desde su cátedra y el periodista desde las columnas de su diario, todos, cada cual en su puesto, estamos obligados á cumplir una misión que nos impone las conveniencias sociales y el bien público.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.



Muerto el perro se acabó la rabia.

(CONCLUSIÓN).

A pesar de los esmeradísimos cuidados con que fueron tratados los dos cachorros, del estricto cuidado con que fueron cumplidas todas las prescripciones de higiene y alimentación que les fueron dadas por los indígenas, todo fué inútil. A los cuatro días de la llegada á Bostón, la enfermedad que hubo de iniciarse en la travesía tuvo fatal término, muriendo los dos cachorros.

Mucho contrarió á los dos millonarios esta mala partida que la fatalidad les deparaba. Su disgusto fué grande y la preocupación no escasa.

Quedaba el perro Saidak y la perra Tell.

Dueño de la pareja uno de los dos, el otro

quedaba más contrariado que si todos hubiesen muerto.

Volver á Arabia resultaba un tanto pesada la broma; pues por más que estos señores estaban acostumbrados á estas y mayores locuras, al fin no se trataba de dar un paseo por las calles de Bostón y mucho menos acabado de hacer el viaje.

Quedaban dos soluciones.

O jugarse la pareja ó quedarse uno con el perro y otro con la hembra.

Hecha esta proposición por Mr. Dikee, Mr. Talls reflexionó unos instantes y contestó:—Acepto la última. Elegid.

No sin gran sorpresa Mr. Dikee escuchó la insinuación de su amigo, y repuso sin vacilar:

—Me quedo con Saidak.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de Mr. Talls.

Para Mr. Dikee no pasó desapercibida esta sonrisa, máxime cuando la proposición de su compañero de dejarle elegir le causó extrañeza, pues el perro Saidak, como ejemplar, era más completo y llenaba más que la perra.

A este estado las cosas y cuando la graciosa Tell empezó á desplegar ante el orgulloso Saidak todo el repertorio de sus coqueterías, Mr. Dikee recluyó en estrecha prisión al pobre perro, que ya había depuesto ante la gentil Tell toda la soberbia de su raza.

Mr. Talls que iba todos los días acompañado de Tell á hacer una visita á su amigo, no dijo una palabra al ver desaparecer el perro.

En la mente de uno y otro de los dos amigos estaba la idea de jugar una mala pasada al otro, pues el inmoderado deseo de ser únicos dueños de la pareja embargó su ánimo desde el principio.

La perra Tell, entristecida por la prolongada ausencia de Saidak, fué día en pos de día perdiendo toda su alegría y renunciando á sus coquetas actitudes.

Entonces fué Mr. Talls el que, sin mostrarse deseoso de la unión de los dos perros, redujo á una clausura completa á la gentil Tell.

Habían pasado dos meses de estas rencillas de familia; Tell seguía en triste prisión, y Saidak salía todos los días acompañado de un galoneado y diminuto lacayito, que paseaba al perro con collar y cadena de plata.

En esto la perra Tell manifiesta á su dueño sus deseos por volver á ver á su querido compatriota y sus vehementes deseos por jugar un ratito con él.

Mr. Talls, que no esperaba más que este momento psicológico para poner en obra sus planes, llamó á un criado suyo, muchacho listo y travieso, y le dió las instrucciones precisas para desarrollar la escena siguiente:

Paseo del Muelle.

El lacayo de Mr. Dikee aparece por el extremo de una magnífica calle de cedros del Líbano conduciendo al perro Saidak.

Al llegar á una calle transversal se tropiezan de hocico á rabo con la perra Tell, que es conducida á su vez por el criado confidente de Mr. Talls.

La pícara hembra ejecuta insinuantes cabriolas y presenta al soberbio Saidak todos sus encantos. Saidak dá un tremendo salto que hace vacilar á su pequeño conductor.

Pero éste, que se conoce estar muy advertido respecto á esta clase de asechanzas, tira con fuerza del perro y le aleja del sitio peligroso.

El criado de Mr. Talls hace lo mismo.

Con muchísimo trabajo y arrastrándolo materialmente, condujo el lacayo á Saidak fuera del paseo; pero en el momento de salir, un chicuelo de la calle de edad aproximada á la del conductor del perro, le tira de los faldellines de su galoneada casaquilla; el muchacho se vuelve todo airado, y al ver al andrajoso que se permite aquellas libertades, trata de darle un bofetón, éste le acomete, el otro se defiende y suelta al perro, que no habiendo olvidado un solo instante á la coqueta Tell, se lanza como una flecha al sitio en donde tuvo el placer de encontrarla.

No está allí; cruza el perro el terreno por diferentes partes; se yergue, olfatea, eleva su descarnada cabeza dilatando sus narices como en sus buenos tiempos cuando acompañado de su antiguo dueño olfateaba el rastro de una gacela.

De pronto dá un ladrido de alegría y se lanza como un loco hacia un bosquecillo de coníferas que ocultaba la perra Tell y á su travieso conductor, que con sonrisa mefistofélica esperaba la llegada de aquel nuevo Fausto.

En dos brincos Saidak se pone al lado de Tell; el lacayo suelta la cadena que aprisionaba la perra, y....

Bien pronto las voces del conductor de Saidak llamando al perro se dejaron percibir: primero confusas, después más distintas y enérgicas, que demostraban bien á las claras la cólera de que estaba poseído.

Sudoroso y jadeante con su galoneada casaquilla hecha girones y llena de barro, el soberbio lacayo, después de mil vueltas y revueltas en busca del perro, se presentó en la plazoleta que formaban las coníferas, en cuyo centro había un grupo alegórico de Fausto y Margarita unidos por fuerte abrazo y algo separado Mefistófeles en actitud triunfante.

Mr. Dikee se enteró de la pesada broma de su contrincante, así como toda la sociedad de Boston, y esto, unido á la rabia de que estaba poseído, le decidieron á llevar la cuestión ante los Tribunales de justicia.

En los siguientes términos, pués, presentó la demanda:

Habiéndoseme sustraído por Mr. Talls por medios violentos, con premeditación y alevosía, la propiedad de la raza del perro Saidak que yo únicamente poseía en todo el continente americano, pido al señor juez, por ser de justicia, se incaute de la perra Tell, propiedad del usurpador, y depositada que sea en sitio conveniente y seguro, se espere la hora de su alumbramiento y me sea entregado el fruto de ésta, que con sobrada razón me permito calificar delito de hurto.

Excusado es decir lo comentado y reído que fué la broma dada por Mr. Talls á Mr. Dikee y los pronósticos y opiniones que dieron y emitieron respecto al fin que iba á tener el asunto.

El día del juicio, el Juzgado y sus alrededores estaban completamente llenos de curiosos que solo esperaban el fallo del juez en asunto tan peregrino.

Comparecieron ante el Tribunal los dos contendientes, sus respectivos criados, y con éstos los dos perros Saidak y Tell.

Esta última, á la que parece agradó la aventura del Paseo del Muelle, daba de cuando en cuando sus saltitos y lanzaba gemidos de verdadera dulzura, lo cual que, observado por el juez, y para hacer guardar á las partes la compostura debida, mandó separar á los dos perros á una distancia honesta.

La prueba presentada por Mr. Dikee era débil; el agresor del lacayo no pareció, y Mr. Talls alegaba en su defensa que la fatalidad unida á la ligereza de costumbres entre los perros, habían contribuido al hecho de autos que él lamentaba, como el que más, siquiera no fuera más que por el disgusto producido á su querido amigo.

Esta delicada zumba que Mr. Dikee tuvo que tragar por respeto al Tribunal le pusieron fuera de sí.

El juez, después de oír á las dos partes, no por pruebas que eran difíciles de presentar, sino por vehementes indicios, condenó á Mr. Talls á la entrega de los cachorros, ó en su defecto, á la indemnización á Mr. Dikee de mil libras esterlinas, que según él confesó, sufragó en el viaje á Arabia.

Mr. Tall, como era consiguiente, optó por la entrega de las mil libras, que en nada le afectaban, y Mr. Dikee, despechado y lleno de furor, se retiró, no sin antes haber renunciado á la indemnización fijada por el juez y lanzar á su feliz competidor una mirada de odio que le hizo comprender que la cuestión aún no había terminado.

En efecto, Mr. Dikee, en cuanto llegó á su palacio, llamó á un amigo y le comisionó para que se avistara con Mr. Talls y concertaran un duelo, pues la burla de que había sido objeto no podía quedar impune.

Los representantes de los dos norteamericanos, previas las seguridades de terminar el asunto de una manera honrosa, exigieron de sus apadrinados una solemne promesa de acatar sus decisiones sin demostrar el menor disgusto ni formular la más ligera protesta respecto á la resolución que ellos adoptaran.

Con estas condiciones fué firmada el acta.

Hé aquí la razón del por qué estaban reunidos los cuatro americanos en el hotel de Mr. Dikee la noche á que hemos hecho referencia al comienzo de esta relación.

Los padrinos habían decidido comer juntos en casa de Mr. Dikee; de sobremesa, oír á los dos contrincantes por ver si alguno facilitaba una solución al conflicto que á ambos satisficiera, y en caso de no hallarla, presentarla ellos, como habían ofrecido.

El término de la discusión se había fijado para las doce de la noche.

Esta hora se aproximaba sin que se obtuviera otro resultado que ahondar más los odios de los dos contendientes y consumir mayor número de botellas.

—Las doce, señores, dijeron los padrinos, y dirigiéndose uno de ellos á una de las mesas que adornaban el suntuoso salón, tocó un timbre.

Un criado de la casa se presentó en el dintel de la puerta del salón y recibió la orden de bajar al patio y pedir á los criados de los padrinos la solución.

Un silencio absoluto reinó en la estancia por algunos instantes, pues la expectación que esta orden, dada con cierta solemnidad, produjo en todos los comensales, fué grande.

De pronto, dos detonaciones casi simultáneas se dejaron percibir en el salón, produciendo en Mr. Talls y Dikee el extraño efecto de lo inesperado é inoportuno.

Ambos se levantaron á la vez é interrogaron á sus padrinos, que graves y concisos dijeron:

—Señores, la solución: muertos los perros debe acabarse la rabia entre ustedes.

LEÓN VERBENA.

CAPITULO II.

El vate de Plasenzuela, salió indignado de aquella casa, y prometió no volver más á sitio en donde tan poco aprecio hacían del último vástago de la linajuda casa de los Ochoas y Espinales, y dirigiéndose con no muy seguro paso hacia el llamado «Marrón de Zurrutéllez» donde tiene su actual residencia, murmuraba palabras que no debían ser muy gratas para D. Guillermo si á sus oídos llegaran.

Dejemos seguir á Tobarito el camino emprendido hacia su hogar, donde seguramente encontrará en el exprimido licor de la vid, bálsamo inagotable para mitigar la pena que le aquejaba, y volvamos á la casa donde había sido la entrevista origen á su pesar.

D. Guillermo N. permanecía inmóvil, tendido en el suelo y abrazado á la guitarra, sobre que cayó, al oír las declaraciones del último vástago, aunque indirecto, de los Ochoas y Espinales. Todos los esfuerzos de sus servidores eran inútiles para desprender al epilogista de su sonante, lo cual les indujo á creer que su amo padecía en aquel momento algún ataque, y creyeron lo más oportuno salir en busca de un médico al lugar más próximo; así lo hubiesen hecho, si no los hubiere detenido uno de los sirvientes, invitándoles á usar un procedimiento que él conocía y que ya en caso análogo había tenido ocasión de tocar su benéfica influencia.

—¡Cual! ¡cual!—gritaron todos á la vez.

—Acerquémosle á la nariz el zapato iz-

quierdo de un Juan, y después que haya percibido su aroma por espacio de tres minutos próximamente, se habrán calmado sus nervios, quedando completamente curado.

—Ordinaria es la receta; pero todo es preferible á ver por más tiempo en esta situación á nuestro amo y señor.

—A ver tú, Juan,—gritó uno de los criados que tenía asido á D. Guillermo por la cabeza para que no se la magullase,—trae el zapato izquierdo.

—Allá vá, pero quizá no sirva, porque no soy puro Juan, pues mi nombre de pila es Jorge Juan.

—No importa,—dijo el iniciador de la idea,—todo será que en lugar de tres minutos necesitemos seis.

Y entonces Juan, tomando su zapato siniestro con la mano diestra, se lo aplicó á las narices, en el mismo momento en que D. Guillermo las contraía para aspirar el aire, no muy sano, que podía recoger, evitando que pudiera absorber otro que el que hubiera dentro de la bota. Pero como todo aire comprimido busca una salida, y la nariz y boca estaban tapados por el zapato, don Guillermo, bien á pesar suyo, respiró por el conducto opuesto, haciendo un *ritornello* que terminó sin música, faltando á todas las reglas de la ritmopea.

Los demás sirvientes convinieron en que si al taparle las narices y la boca de aquella manera seguía invirtiendo el orden de la naturaleza, era mejor no *meneallo*, y levantándole el apósito, le dejaron respirar con libertad.

No bien le hubieron destapado los respiratorios naturales, soltó D. Guillermo la guitarra é hizo seña para que le ayudasen á levantar, lo cual comprendido por los criados, fué hecho en seguida y le colocaron en un sillón que cerca estaba.

Lo primero que hizo tan pronto pudo, fué preguntar por el descendiente de los Ochoas y Espinales.

—¿Y Tobarito? ¿dónde está Tobarito?—decía mirando en todas direcciones, como si buscase con la vista la respuesta á su pregunta.

—Tobarito, señor, el vate de Plasenzuela, el último descendiente de los Ochoas y Espinales,—contestó el que había abierto la puerta cuando aquel llegó,—al verle caer á V. en tierra abrazado á la guitarra, se marchó repitiendo el quinto verso de la estrofa real que á usted dedicó.

—¡Infame, impostor, no puede descender de los Ochoas ni de los Espinales quien con tan poca nobleza censure las flaquezas de quien ha de hacer el epílogo de su historia! ¡Ah!, yo averiguaré si es ó no descendiente de los Ochoas.—Y retirándose á un cuarto contiguo al que se hallaba puso mano en unos libros que no eran sino la historia de esta nobilísima familia, y después de ojear varios fóllos se detuvo en uno que examinó largo rato.....—Un lunar en la espalda,—exclamó.—Sí, esta señal me convencería ¿pero como verlo si empiezo por ignorar su paradero?, y si lo encontrase ¿no podría bien suceder que, al cambiar de línea (puesto que la suya no es la directa) cambiase también de señal?

Siguió ojeando el libro y al llegar al capítulo IX de la primera parte se detuvo al ver las investigaciones que el rey Felipe IV hacía para averiguar el paradero de los descendientes de los Espinales, y al ver que de esta nobilísima raza solo quedaban un varón que estudiaba para boticario en Alcalá de Henares y una hembra sirviente en la posada del Peine, pensó como el autor de esos capítulos, que el reverendo padre que todos estos datos daba, estaba loco de remate; mas registrando otros papeles de su biblioteca encontró unos que decían «Folios pertenecientes á la historia de la linajuda y nobilísima raza de los Espinales.»

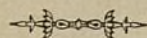
Con gran ansiedad abrió estos papeles, y ¡cuál sería su asombro al ver que enlazaba con el capítulo VII de la primera parte de esta HISTORIA, relatando algunos pasajes de el VIII, como la muerte de los tres últimos vástagos de aquella noble raza por el incendio de la casa donde moraban, de la que acababa de salir el rey Felipe, después de escuchar la historia que los tres ancianos hicieron de sus antepasados, sin hacer mención de que hubiera sucedido altercado alguno entre el rey y los Ochoas, y asegurando que el incendio se produjo por uno de los hachones que los Ochoas encendieron en las ventanas para alumbrar el camino que había de seguir S. M. con la regia comitiva. También hace mención de algo del capítulo IX, y asegura que solo una hembra llamada Brachina de Espinal queda de esta raza, y que á la sazón estaba en Madrid á pedir al rey Felipe amparo á su miseria, y luego que el rey regresó á Madrid se presentó á él pidiéndole merced.

Así que el monarca se enteró de quién

era, vió se le venía á las manos la ocasión de premiar de algún modo la raza de los Ochoas y la nombró dama de honor de la reina Ana de Austria, y estando desempeñando este alto cargo, se casó con un embajador italiano que se llamaba Luís Mazzarino y era hermano del Cardenal Mazzarino, que á la sazón estaba rigiendo los destinos de la Francia durante la minoría de Luís XIV.

Al llegar aquí, llamaron á la puerta, y levantando la vista de los pergaminos, exclamó:—¿Pero señor? ¿qué tendrá que ver To-barito con los Ochoas ni con los Espinales?

CARLOS PACHECO.



A CAZAR.

¡Un mes!... ¿será verdad?... ¡un mes entero!...,
¡Oh dioses inmortales!...,
¡Treinta días cabales
Mi escopeta colgada en el armero!...
Mil novecientas veinte horas.... ¡cielos!...,
¡Sin cortar ni una pluma, ni dos pelos!;
¡Un mes sin ver del monte
El terreno quebrado!...;
¡Un mes sin admirar el horizonte
Del cielo dilatado!...;
¡Un mes sin contemplar las alboradas,
Ni aspirar de las brisas perfumadas
El saludable ambiente!...;
¡Un mes sin ver el campo hermoso y puro,
Ni escuchar el murmurio de una fuente!...;
Francamente, señores, de seguro
Para mí no hay remedio
Si ese mes se prolonga á mes y medio.

¡A cazar!, ¡a cazar!, corta es la vida,
Y además de ser corta vale poco;
La muerte, entre los hombres escondida,
Espera la ocasión siempre traidora,
Y sale á lo mejor, nos hace el *coco*,
Y nos viene á decir: ¡Llegó tu hora!
En verdad, caballeros, no me explico
Por qué trabaja el hombre siendo rico.
Aunque sea inmoral, os aconsejo
Que no seáis esclavos del trabajo.
Yo he trabajado mucho...., ya soy viejo;
Harto estoy de seguir por el atajo;
Y, hablando con franqueza,
Os lo voy a decir...., pero muy bajo;
Yo rindo adoración á la pereza.

Ya llevo á la estación, tomo un billete,
Y al instante dos vales de perrera
Para mi hermosa *Flay* y el noble *Pinto*,
Perros que, siendo dos, valen por siete,
Por sus vientos, sus cobros y su instinto.
Me acomodo en un coche de primera.
—¡Viajeros al tren!....—grita un camueso,
A quien la empresa paga para eso;
Suena la campanilla;
La máquina formula un resoplido;
La presión del vapor se escapa y chilla;
Los topes chocan; el herraje cruje;
El moderno titón lanza un bramido,
Muestra potente del gigante empuje
Que tiene en sus entrañas escondido.

A manera que el trén me aleja
Me siento remozado.
Ni el mal me aflige, ni el pesar me aqueja;
En cuanto llego al monte codiciado,
La hacendosa guardesa que me espera,
Muy cerca del hogar la mesa pone;
La modesta vagilla
Sobre el blanco mantel cual plata brilla;
Ceno, tomo café, fumo y me acuesto,
Desnudo, por supuesto,
Y pensando en el goce, en la delicia
Que el cazadero donde estoy me ofrece,
Morfeo dulcemente me acaricia
Y en sus brazos me mece.
Por fin, quedo dormido,
Los placeres de ayer dando al olvido.

El alba precursora
Del sol radiante que los campos dora;
La alondra que del surco se levanta,
Y al día saludando
Bate las alas, se remonta y canta;
Mis perros bostezando,
El cuerpo y las orejas sacudiendo;
Hasta el gallo cantando,
Todo me está anunciando
Que ha llegado la hora, á lo que entiendo,
De abandonar el abrigado lecho
Me pongo el pantalón, luego la faja,
Las botas, el chaleco, la chaqueta;
Coloco en los bolsillos
El pañuelo, la navaja,
Fósforos de cartón y cigarrillos;
Silvo á los perros, cojo la escopeta,
El sombrero me encajo,
Me ciño la canana,
Y alegre y satisfecho,
Tomo ladera abajo
Al despuntar la luz de la mañana.

Antes, lector, que digas
Que en ayunas cazar es desatino,
Debo advertirte que comí unas migas
Con jamón adornadas,
Y un buen vaso de vino
De varias convidadas.
Pues nunca olvida el cazador prudente
Que antes de dar principio á la batida
Es preciso tomar algo caliente.

¡Oh, qué hermoso está el día!....
¡Salud, gratos perfumes que del monte
El tomillo me envía
En los pliegues del céfiro escondido!
Salud, limpio horizonte!
¡Salud, gratos sonidos
Que la perdiz guerrera
Que canta en la ladera.
Le dedica al amor de sus amores
Cuando nacen del sol los resplandores!

Sobre alfombra mullida
De verde hierba, que el rocío esmalta,
Comienzo con mis perros la partida;
De gozo el corazón alegre salta.
Al fin de una cañada,
Do vejetan unos pobres cardos
En medio de unos claros pastizales,
Hizo *Pinto* de pronto una parada,
Y con ella de alerta las señales.
Yo no hice caso; de repente arranca
Una liebre más grande que una zorra;
Veloz cual la centella
Emprende en dirección á una barranca,
Las orejas tendidas sobre el cuello.
Flay y *Pinto* se lanzan en pos de ella;
Le envío mi primer tiro, y hago porra,
Me aturdo, me atropello,
Y le envío el segundo,
Y en vez de dar los plomos en la carne,
¡Oh vergüenza!, ¡oh baldón!, dán en el mundo.
Me dí un cachete, me mordí una mano,
Y con voz por la rabia conmovida,

Formulé una palabra en castellano
Que está por la decencia prohibida.

Mis perros regresaron
Cansados, jadeantes,
Y con la lengua fuera de la boca
Parados ante mí los dos quedaron.
En sus pupilas tristes, chispeantes,
Leí un poema de elocuencia muda
Que me llenaba de vergüenza y luto;
Pues no me cabe duda
Que querían decirme: «Usted es un bruto.»

Llegamos á un tollar, ¡paisaje hermoso!;
Fresca vegetación lo tapizaba,
Y aquí y allí de la copuda encina
El penacho frondoso
Con pausado vaivén se cimbreaba.
Hola, ¡hay novedad!, mucho me agrada
El ver que *Pinto* y *Flay* se han alegrado:
De muestra se han quedado.
¡Vengan aquí pintores!
Colóquense á mi lado
A copiar de mis perros los primores;
«¡Entra!», les grito yo, y cual torrente
De la cumbre del monte desprendido,
Penetran en la mata de repente.
Yo me hallo prevenido.
Pichou .. pichou... pichou... ¡son dos perdices!
Lanzo un grito de gozo, y hago fuego.
¡Oh momentos felices! ...
Derribo la primera;
Un placer sin igual mi pecho inunda,
Y me revuelvo con presteza luego,
Y cae como un trapo la segunda.
Mis perros se abalanzan en pos de ellas,
Y alegres, arrogantes,
Las traen á mis manos palpitantes.

Fumemos un cigarro,
Y aspiremos la brisa embalsamada
A la sombra que presta este chaparro;
La vida sin cazar no vale nada,
Que en los montes el alma se refresca;
Al que no es cazador le compadezco,
Ni sabe, vive Dios, lo que se pesca.
¿Se me podrá decir qué hace esa gente
Que sin cojer jamás una escopeta,
Ni gozar de la caza los encantos,
Pasa entre afanes su existencia inquieta,
Aspirando un ambiente
De farsa y corrupción, de angustia y llantos?
¿Qué es vivir sin cazar?, ¡terrible penal!....
La existencia del hombre se desgasta
Atada del afán á la cadena,
Y poco á poco nuestra pobre casta,
Desmedrada y raquítica,
En los crisoles se consume y gasta
Del interés, el vicio y la política.

¡A cazar!, ¡a cazar!, corta es la vida....
Y el hombre, pobre loco,
Por su desgracia con frecuencia olvida
Que ante sí tiene de la muerte el faro,
Que este pícaro mundo vale poco,
y aunque vale tan poco, cuesta caro.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Sección de noticias.

Nuestro particular amigo D. Juan Macías, en una visita á su dehesa de Anavacas que hizo días pasados, tuvo la fortuna de matar un soberbio cochino, cuya cabeza podrán admirar los aficionados tan luego la remitan disecada de Madrid.

Mérida: Tip. de Plano y Corchero.